

-Una mujer hermosa (¡Cuál no lo es!), síntesis y cristalización de la belleza en su plenitud.

-La propia poesía, el "Espíritu sin nombre", la "indefinible esencia", la "vida sin formas de la idea", ejemplo, al propio tiempo, de la naturaleza espiritual de lo poético.

-El yo y tú, como anverso y reverso de una idéntica realidad

-Dios, en tanto que supremo creador y artífice, en consecuencia, de todo lo bello.

Este decálogo becqueriano, que puede detraerse de la lectura de sus rimas número IV, V, VII, XVII, XXI y acaso en otras (manejé la edición de E. Massaguer), ha inspirado, según Fernando Ortiz, de manera directa a poetas de distintas generaciones y quizá tan disímiles entre sí como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Luis Cernuda, Pablo García Baena, Julio Aumente, Aquilino Duque, María Victoria Atencia, Antonio Carvajal, y un largo etcétera; ellos y sus epígonos constituyen la estirpe de Bécquer, a quien se puede, en rigor, atribuir la paternidad de la poesía andaluza -y, en buena parte, española- contemporánea.

El puso los cimientos que sustentaron, en gran medida, la poética machadiana. Según ésta, la poesía es "una honda palpitación del espíritu", definición que, cotejada con los poemas del autor, resume en una frase todo el credo poético becqueriano.

Lo demás se reduce, que no es poco, a una cuestión de estilo: Así como los diez puntos enumerados anteriormente delimitan el ser de la poesía, el estilo identifica al poeta, emplazándolo en el espacio y el tiempo, lo singulariza, dándole voz o relegándolo a la tristísima condición de eco. Aceptado lo precedente como premisas, podemos inferir no hay materia sin forma en esa concreción que llamamos poema, núcleo donde convergen, como mínimo, tres elementos:

-Las razones seminales de la poesía, que ya conocemos.

-La estética del autor -su estilo, si se prefiere-, consecuencia de sus predilecciones literarias, formación intelectual, lecturas, influencias, integración en el entorno, grado de asimilación del mismo, etc., etc.

-El estilo o estilos de época, por cuanto que a cada momento histórico corresponden unas determinadas pautas de expresión, consecutivas a la dinámica social y cultural de los tiempos, incluyendo las modas y aún los intereses de la política editorial, si bien estos dos últimos son factores espúreos y ajenos a la esencia del hecho poético.

No es fácil, sin embargo, precisar cómo, cuándo y etcétera, adviene el poema; eso que los antiguos denominaban inspiración y tiende a reemplazarse en nuestros días por un no siempre claro sentido de profesionalidad, que cada cual explica a su manera.

Ya se dijo, y nada he de objetar, "no hay mejor musa que la de carne y hueso". Descartado el influjo de esas divinas hembras, me siento en condiciones de afirmar se requiere un estado de gracia, previo al acto poético; un estado que, rechazadas cualesquiera connotaciones confesionales, no dudo en calificar de religioso